

La medicina al servicio de la vida

Carlos Fernández del Castillo S.

Jefe del Departamento de Ginecología, Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán, Secretaría de Salud. Profesor de la Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México. Presidente de la Federación Mexicana de Ginecología y Obstetricia 1995-1997. Presidente de la Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia 1978-1980. Presidente de la Academia Mexicana de Cirugía 1985-1987.

La medicina es una ciencia y un arte que tiene sus orígenes en la más remota antigüedad. La inclinación vocacional hacia esta profesión surge desde que el hombre primitivo empezó a enfermarse. La compasión y el amor hacia sus semejantes hicieron que algunos se ofrecieran a tratar de curar o aliviar o al menos a tan siquiera consolar a los que sufren. Con la historia ha ido avanzando la medicina y sus profesantes. Las corrientes de pensamiento han estado siempre presentes influyendo en la conducta de las personas y obviamente de los médicos. Ciencia, medicina, fe, justicia y religión van de la mano. Expondré brevemente mi experiencia y mis puntos de vista sobre este asunto.

Dios quiso que naciera en un hogar católico y mi educación pre-universitaria se desarrolló en ese ambiente. Llevé a cabo la carrera para obtener el título de Médico-Cirujano en la Universidad Nacional Autónoma de México, en un ambiente de secularismo total. Allí me tocó conocer excelentes maestros —la mayoría— y otros no tanto. Pero la línea de no hablar de Dios ni de religiones la seguían todos y a todos los niveles. Conservar la fe y cumplir con los mandamientos de la ley de Dios, no fue fácil, tanto más cuando uno veía que sus compañeros de bachillerato y los de años precedentes perdían la práctica de la religión católica y aún la fe.

Practiqué tres años Oncología y posteriormente me especialicé en Ginecología y Obstetricia. Conocí, siendo estudiante de medicina, a Lucila, también católica; y el ejemplo de mis papás y demás parientes y mi noviazgo me mantuvieron dentro de la religión católica. Pronto me sentí atraído por la medicina académica y la docencia y a los cinco años de ser médico, ya había ingresado a la Aso-

ciación Mexicana de Ginecología y Obstetricia. A los seis años, por concurso obtuve mi puesto de maestro en la Universidad.

Un año y medio después de haberme recibido de médico contraí matrimonio con Lucila y, gracias a Dios, tenemos cinco hijos, aunque además perdimos tres embarazos. Yo creo que me sentía *un buen católico*: no faltaba los domingos a Misa, me confesaba con frecuencia, y mi esposa y yo enseñamos a nuestros hijos las primeras oraciones y los preparamos para hacer la Primera Comunión.

Yo iba avanzando como médico en la atención de mis pacientes y en la enseñanza de la Ginecología y la Obstetricia a mis alumnos; empecé a publicar trabajos y participar en congresos. Cuando empezó la *píldora anticonceptiva*, comencé a tener dificultades con mis colegas y con mis pacientes, por no prescribirla. Pasé una temporada de dudas personales que no me abandonaron totalmente cuando en 1968 se promulgó la Encíclica *Humanae vitae*. En la defensa de ese documento tuve que enfrascarme en frecuentes y desagradables discusiones con colegas y con pacientes. A veces salía airoso, pero en otras me faltaban argumentos convincentes, sobre todo cuando mis oponentes no tenían fe ni conocían la Encíclica. Aunque yo me confesaba y recibía la Sagrada Eucaristía, me sentía dentro de un círculo que me atrapaba. Sentía la indiferencia de bastantes de mis colegas, y aún el rechazo de muchos, por no prescribir ni aceptar evaluaciones de los anticonceptivos que iban surgiendo.

Tenía ya 15 años de médico en 1970, cuando estuvo en México el Beato Josemaría Escrivá. Personalmente fue una experiencia humana inolvidable. Me propuse saber más de él y pronto me di cuenta que sus pensamientos, sus escritos y sus homilias me estaban mostrando un campo de acción que hasta entonces no había sido capaz de apreciar en justa medida. Como he dicho, yo me creía un *buen católico* porque no faltaba a Misa los domingos, me confesaba con relativa frecuencia, rezaba rutinariamente mis oraciones, me negaba a prescribir anticonceptivos y *me sentía una buena persona*. Fue a partir de mi encuentro con el ahora Beato Josemaría y el Opus Dei que encontré la *grandeza de la vida ordinaria*.

Me fui dando cuenta de que en mi vida conyugal, en mi vocación como esposo y padre de familia, como médico, como maestro, como miembro de agrupaciones científicas, esto es, en mi vida de todos los días y a todas horas, yo tenía la oportunidad de santificarme y de santificar mi trabajo y santificarme con mi trabajo. No tuve ninguna duda de que se me abría una oportunidad de vivir en la presencia de Dios. Estaba sin preparación para lograrlo y vi que nada lograría si limitaba mi trato con el Señor solamente a los domingos. Era necesario acudir a diario a la Santa Misa. Allí tendría la oportunidad —ahora empezaba a comprenderlo— de poder recibir cotidianamente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Cristo Nuestro Señor. Pero ¿cómo comprender a fondo todo esto? Rápidamente me di cuenta de que desconocía mucho, muchísimo de mi religión.

Era necesario que yo me formara. Sentía que Dios me llamaba para dar testimonio de El en todas mis actividades. El Beato Josemaría, me había caído del cielo. Me acerqué al Opus Dei y platicué mis inquietudes. Quería formarme para ser un buen esposo católico y un buen médico católico.

Empecé mi formación y mi vida interior me empezó a transformar. Nunca había yo llevado una *dirección espiritual*; antes yo pensaba que eso era para gentes que se iban a un convento y no para un cristiano corriente. Todo empezó a cambiar porque mejoraba mi vida de manera integral. En el aspecto profesional empecé a tener cada vez más pacientes; intervine en la *política médica* porque llegué a ocupar cargos en mesas directivas de las agrupaciones médicas a las que pertenecía; mis alumnos comenzaron a rendir más. Yo no hacía, o no creía hacer nada extraordinario para progresar profesionalmente, excepto que me propuse tener siempre *presencia de Dios* y creer firmemente *que soy un hijo de Dios* y que debo comportarme como tal. Pronto la gente notó algo diferente en mí: más alegría, más sencillez, más sinceridad, más eficiencia.

El punto de controversia con mis colegas era, es y lamentablemente pienso que seguirá siendo, lo referente a la anticoncepción, la esterilización y el aborto, ya se trate de mujeres solteras o de matrimonios los que lo pidan. La formación que traté de adquirir para ser un buen católico y mis estudios médicos con criterio filosófico me han permitido explicar en diversos foros la necesidad de respetar la delicada fisiología neuroendócrina y orgánica de la mujer. He procurado aclarar también los siguientes puntos: la expresión más elocuente de la salud femenina es la fertilidad; la fertilidad no es una enfermedad que deba tratarse con un medicamento como lo es la *píldora anticonceptiva* y los *medicamentos hormonales inyectables o subdérmicos*; no es válido exponer la salud de las mujeres con la ingestión de anticonceptivos que tarde o temprano ocasionaran efectos indeseables para la salud.

Con respecto al dispositivo intrauterino, hay que saber que actúa inflamando el interior del útero lo que impide el embarazo y posiblemente ocasiona abortos frecuentes por impedir la implantación del embrión; pero los médicos no estamos para inflamar ninguna parte del cuerpo de nadie; los tejidos inflamados fácilmente se infectan y la infección endometrial favorece las salpingitis y el embarazo tubario. Por otra parte, la cirugía es para curar órganos enfermos, no para inutilizar órganos sanos y las ligaduras tubarias y las vasectomías son intervenciones quirúrgicas que se hacen sobre órganos sanos. La cirugía no está para matar a nadie y los abortos son intervenciones quirúrgicas que matan a un ser humano en etapa de embrión o de feto, y los médicos hemos estudiado para salvar vidas y no matar personas aunque sean todavía embriones.

He tenido que explicar también que la manera natural de engendrar nuevas vidas es hacerlo dentro del matrimonio y mediante el acto sexual de una pare-

ja que se ha comprometido a unirse de manera exclusiva y definitiva para educar a sus hijos. La fertilización asistida extracorpórea ha terminado con la vida de dos o tres veces el número de bebés que felizmente han podido llegar a este mundo. En la fertilización asistida se cometen injusticias con los gametos y muchas personas nunca sabrán quién es su verdadero padre o su verdadera madre, si la que rentó o prestó su útero, o la que donó o vendió sus gametos. Y también, que los ancianos y los enfermos terminales deben morir con dignidad espontáneamente.

He defendido la vida, el matrimonio y la familia tratando de *construir culturas de vida*.

Profundizando en la vida interior, he aprendido a pedir al Espíritu Santo que ilumine mi inteligencia, fortalezca mi voluntad y purifique mi corazón. Muchas veces, estando ante una multitud, he invocado interiormente la ayuda de la Santísima Virgen María, de mi Ángel Custodio y de los Angeles Custodios del auditorio, pidiendo al Señor que me dé el “don de lenguas”, y me he quedado sorprendido, casi pasmado de lo que he podido decir sin temor.

Muchas gentes se han enterado que desde hace treinta años procuro profundizar en el mensaje del Beato Josemaría y eso no ha sido impedimento alguno para ocupar la presidencia de las agrupaciones científicas de Ginecología y Obstetricia y de Cirugía más importantes de mi país. He sentido la gozosa obligación de dar testimonio de mi manera de pensar y he tenido la oportunidad de expresarlo en foros médicos y jurídicos, convencido que la norma moral está en función del destino eterno del hombre.